

—Muy terrible habeis resucitado, tío.

—El que fué traidor, conoce demasiado á los traidores.

—Páreceme, tío, que por esta mina adelante viene un viente-cillo que huele á traicion.

—Esperad, dijo el conde deteniéndose; puede ser que hayais acertado, cuando solo pensábais decir un gracejo: esta mina va á dar á San Benito el Viejo; don Frotardo, su abad, es muy antiguo amigo y muy gran deudo de don Diego Lopez de Haro, mi hermano, y don Diego Lopez de Haro, mi hermano, y mi otro hermano don Juan Alfonso, ven con sobrecejo lo que con vos priva el infante don Juan.

—No privan ellos menos, contestó el rey; la verdad es que yo los acojo muy bien.

—Pero no están tan cerca de vos como lo está el infante don Juan, y temen que este acabe por hacer de vos quiteis el Señorío de Vizcaya á don Diego, para darlo á doña María, mi hija, esposa del infante don Juan.

—¡Ah! hasta ahora no me habeis hablado de mi hermosa prima doña María, conde.

—No ha venido á cuento, señor, aunque la amo mucho, como que es mi hija: en mal hora la casé con el infante don Juan.

—¿En mal hora, y por su casamiento con mi tío ha sido no sé cuánto tiempo reina de Leon?

—Por lo cual se ha hecho ambiciosa, y por lo tanto infeliz. Pues como os decia, señor, mi hermano don Diego no puede mirar sino con un gran recelo, el que el infante don Juan prive tanto con vuestra señoría, porque está viendo la reclamacion que, si no un dia otro, hará el infante don Juan del señorío de Vizcaya, á nombre de su mujer.

—Y si esto aconteciera, conde, ¿qué creéis que deberia yo hacer?

—Obrar en justicia; esto es, dar á mi hija lo que es suyo: porque en verdad en verdad, si el señorío se dió á mi hermano don Diego, fué porque con él se compraron sus servicios, y porque entonces mi hija, rebelada como su esposo, se llamaba reina de Leon. Se temia que mi hermano, por su próximo paren-

tesco, se pusiera de parte del infante don Juan; y como mi hermano, con señorío ó sin él, es muy poderoso y muy temible, se le dió lo que quiso, no tanto para que fuese amigo, como para que no fuese enemigo.

—¿Sabeis que ya es cosa grave el reinar en estos tiempos?

—Siempre ha sido cosa grave el reinar; como que hay que contentar á todos, ó estar en guerra á muerte con todos.

—¿Y la lealtad?

—¡La lealtad! ¿y quién es leal de balde? Desengañáos, señor: leal hay que no se venderia por un tesoro, y que sin embargo se vende á una honra, á un halago: cada hombre tiene su precio.

—Entonces, conde, no puedo fiar en vuestra lealtad.

—Yo, señor, no soy un hombre; soy un alma en pena que, sirviendo al rey y á la justicia, busco el perdon de Dios.

—Siempre un premio.

—Pero un premio imperecedero.

—¿Y creéis que ese abad don Frotardo puede favorecer á los desleales?

—Sí, si le ofrecen un privilegio mas para San Benito el Viejo.

—¿Queda mucho de la mina, conde?

—No, no señor; ya vamos tocando á su fin.

—¿Y adónde sale la mina?

—A una gruta que hay en la huerta de los Benitos.

—Es posible que la salida esté tan difícil como hemos encontrado la entrada.

—No, no señor; por esta parte la mina no tiene mas puerta que la maleza.

—Parece que me da algo de aire libre en la cara.

—Eso es, señor, que estamos cerca de la salida: en efecto, ya empieza la cuesta.

VI.

Y así era la verdad: la rampa empezaba en aquel punto, tan pendiente como la otra que correspondía á la parte del Alcázar.

Cuando hubieron llegado á lo alto, encontraron obstruída la mina, ó mejor dicho, cortada por una especie de muro de maleza, pero tan tupida, que parecía impenetrable.

El conde y el rey, impulsados por un mismo pensamiento, desnudaron las espadas, y gracias á lo ancho y á lo tajante de las de aquella época, lograron abrirse paso; y era de ver cómo el conde usaba de su mano izquierda con la misma seguridad con que hubiera podido usar de la derecha, y con la misma fuerza.

—¡Diablo! dijo el rey reparando en ello; pues no puede decirse que al dejaros manco en Alfaro os pusieron fuera de combate: todo se reduce, conde, á que cambiéis vuestro escudo al brazo derecho, que para esto bien os sirve, y que hirais con la mano izquierda: habeis debido de ser muy buen hombre de armas, mi querido tío.

—Y espero serlo aún si llega el caso; pero estamos ya en la huerta de los Benitos.

—¿Hemos salido de la gruta?

—Sí señor, atrás la hemos dejado.

—No he reparado en ello.

—Es una gruta de hiedra y de verdura, sostenida por los troncos y las ramas de algunos árboles; pero tan espesa, que ni entran el sol, ni el aire, ni aun la lluvia: yo creo que la vieja hiedra, entrelazada y retorcida, se ha convertido en una pared: recuerde si no vuestra señoría lo que nos ha costado abrírnos una entrada.

—Es inmensa esta huerta, dijo el rey; pero parece hermosísima: se oye mas de una corriente de agua.

—Los buenos monjes Benitos se buscan todas las comodida-

des que pueden sin ofender á Dios, y á Dios no ofende el que hayan rodeado su convento con las hermosuras de la naturaleza: hay aquí claras fuentes para que con su murmurio hagan encantador el silencio de la noche, y para que sus corrientes rieguen las flores y las hortalizas; hay grandes estanques donde se crían el galápago, la anguila, la trucha, el salmon, el cangrejo, en lo que tampoco se ofende á Dios; hay largas espesuras de árboles por donde pasear á la sombra, y grutas de follaje que convidan á la meditacion.

—Pues tío, me parece que en Castilla viven mucho mejor los monjes que los reyes.

—A los reyes los ha hecho Dios para que sean mártires de su deber, ó se condenen faltando á él: para un rey no hay reposo posible: es el padre de una inmensa familia llena de necesidades, á las cuales tiene que atender: un monje no tiene otro cuidado que el de la salvacion de su alma, ni mas familia que él mismo.

—Pero tiene la caridad, el socorro á que le obliga su sagrado ministerio acerca de sus hermanos.

—Eso se queda para los religiosos andantes que tratan y hablan con todo el mundo, no para los monjes que viven encerrados en sus monasterios, sin salir de ellos ni ver en ellos á nadie mas que á sus compañeros.

—Entonces, conde, si aquí no puede entrar nadie, no puede haber aquí conciliábulos de traidores, y estoy advirtiéndolo una cosa.

—¿Qué, señor!

—Que se oye así como rumor de voces que hablan calorosamente, y entre aquellas ramas estoy viendo, á lo lejos, en la parte baja del monasterio, la luz que se filtra á través de los vidrios de colores de una gran ventana.

—Creo no engañarme, señor, si digo que esa es una de las ventanas de la sala de Capitulo.

—¡Ah! ¡luz y gente esta noche en la sala de Capitulo de San Benito el Viejo! Paréceme, tío, que nos han llamado como con bocina, y que vamos á oír y ver muy buenas cosas.

—Puede ser, señor.

—Y decidme: ¿qué hago con los monjes si conspiran contra mí? porque este es asunto árduo: esos milites de Cristo no dependen de mí, sino del Papa.

—En los tiempos de revueltas, señor, el clero, tanto regular como secular, procura como todos engrandecerse, mandar, dominarlo todo: hay que tener paciencia, y sobre todo mucho tino; no confundir lo que es de Dios con lo que es de los hombres; no consentir que la ambicion, la intemperancia y la soberbia se guarezcan impunemente bajo los ornamentos sacerdotales; velar á un tiempo por la inmunidad del rey y del reino, evitando que ningun poder extraño usurpe lo que no le pertenece, y por la pureza del dogma y de la disciplina eclesiástica: á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César: la traicion, las malas pasiones y los crímenes deben perseguirse allí donde quiera que se encuentren, y que lo sagrado de la investidura no encubra lo miserable ni establezca la impunidad: asuntos son estos gravísimos en que debeis evitar, de una parte, como rey católico, la heregía, y de otra, como rey justiciero, la injusticia: respetad lo sagrado, respetadlo siempre, pero acometed el crimen en el hombre, y castigadle con tanta mas energía cuanto menos debiera el hombre castigado ser criminal.

—¡Ah! muy soberbios andan nuestros monjes y nuestros prelados.

—Pues hé aquí la gran cuestion: amparáos para ello del Papa; á él y solo á él corresponde reformar los vicios en que haya caido ó pueda caer el clero arrastrado por la ambicion y por las pasiones mundanas, á que no debiera dar oidos, porque la mision del sacerdote pertenece al espíritu, á lo eterno, á lo incontestable, á lo absoluto, á lo santo, y no debe inmiscuirse en lo terrenal, en lo material, en lo perecedero.

—Adelantemos, adelantemos, tio, á ver si esos santos varones están rezando ó conspirando.

—Veámoslo, señor, pero recatemos nuestros pasos á fin de no ser sentidos, y adelantemos con cuidado, no sea que haya en la puerta vigilantes, aunque bien me parece que no, porque los

muros son muy altos y tienen por defuera cava y barbacana, y no han podido suponer los buenos monjes que nadie éntre por la huerta.

—Valia un mundo mi abuelo el rey don Alfonso el Sabio, dijo el rey; y bien se conoce su buen ingenio en esto de haber hecho minas para su alcázar de Valladolid, y minas que den á monasterios de monjes.

—Me parece, señor, que seria oportuno guardáramos silencio.

—Callemos, pues, dijo el rey.

Y adelantaron sin hablar ni una palabra mas y recatando cuanto pudieron sus pasos, hácia la gran ventana, cuyos vidrios de colores trasparentaban la luz del interior.



LA BUENA MADRE.

Callemos, pues, dijo el rey.